

Todavía más

Acaba un curso y a las puertas llama un nuevo cursillo. Esto nos hace pensar en la floración vocacional del nuevo año. Hemos de bendecir al Señor por su esplendor en el pasado verano al regalarnos para el curso que termina un total de vocaciones nuevas.

Pero, a pesar de todo, repetimos: **TODAVIA MAS.**

Nuestra Diócesis cuenta con 261 parroquias de las que 146 están todavía sin sacerdote. El número de sacerdotes que anualmente da la Diócesis podemos fijarlo en un promedio muy optimista de 10.

Añadamos las otras necesidades de la Diócesis: Seminario, Acción Católica, Acción Social, Ejercicios, Colegios, Religiosas, Enseñanza... y además de todo esto la futura expansión misional con la correspondiente cooperación en personal sacerdotal sobre todo...

Nuestro Seminario necesita **TODAVIA MAS** vocaciones para que el promedio anual de sacerdotes sea más elevado.

La experiencia demuestra, por otra parte, que no todos perseveran, sobre todo en nuestras tierras y debido al ambiente materialista que nos envuelve y a la libertad de costumbres que se palpa.

La angustia de los pueblos sin sacerdote crece por momentos. Son desgarradoras las escenas diariamente repetidas de parroquias que piden incansablemente pastor y han de ser denegadas.

Para poner pronto remedio a tanto mal no hay más que una solución: nutrir el Seminario con selectas vocaciones que sobrepasen este año la esperanzadora cifra del pasado.

La maldición de una madre

Aquella tarde en casa de la noble familia de Turín el ambiente era triste. Se presagiaba una desgracia.

La señora había hablado precipitadamente con aquel santo del Oratorio y le había tratado mal. Ahora lo veía claramente.

Tomó el camino de la casa de D. Bosco. Subió las escaleras con lágrimas a ras de ojos. Llamó decidida.

En el umbral apareció el santo. La dama al verle rompió a llorar.

«—Perdóneme Vd. padre; perdóneme mi descortesía, compádeczcase de mi situación... ¿No comprende Vd. que mi hijo no puede ser sacerdote? ¿Qué iban a decir mis compañeras? Pero con todo, no quiero oponerme a la voluntad de Dios. Estoy resignada a obedecer.»

«—Pero, señora... ¿Es acaso una deshonra ser elegido para el servicio de Dios? Siento decírselo. El Señor tomó sus mismas palabras para darles cumplimento. ¿Las recuerda? Aún tengo su fisonomía airada en mi memoria cuando Vd. decía; ¿Mi hijo sacerdote?, ¡jamás! Prefiero que se muera.»

La señora quedó sollozando. D. Bosco quiso consolarla.

Bajaron las escaleras. Partió ella. Continuó llorando. Aquel santo hacía profecías. Su hijo moriría.

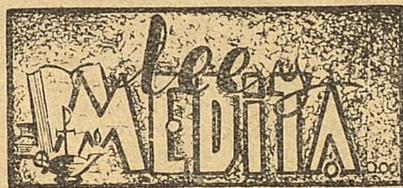
Días después la señora corría por las mismas calles hacia el Oratorio.

D. Bosco la esperaba ya.

Partieron los dos, serios, mudos.

Entraron en la habitación. Allí, en unas ricas almohadas, se desvanecía aquel niño que D. Bosco quería para sacerdote. El enfermo cogió la mano al santo, la besó y poniendo después una mirada de reprensión en su madre, le dijo:

«—Yo bien sé por qué me muero... La palabra de Vd... ¿Se acuerda de lo que dijo a D. Bosco? Vd. prefirió verme muerto antes que sacerdote y Dios me llama».



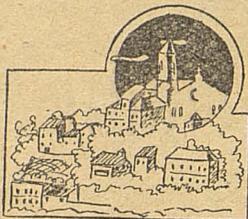
«Si tuviese un solo hijo y fuese reina del universo, y él, único heredero, y Dios le llamase a estado religioso, no por eso me opondría. Y si en lugar de uno tuviera ciento y por mi pobreza no les pudiese dar nada tampoco empujaría ni a uno sólo hacia ese estado, porque la vocación es imperiosa y siempre viene de Dios...»

M. Accarie.

Miscelánea

Las gallinas cacarean. — Uno, dos y tres que también, también... — Una carta de C. P. — Hasta 400 no paramos. — ¡Caramba de Portero! — ¿Por primera vez? — Desfile indescriptible. — ¡¡Atención!!

Todos los que entendemos de avicultura, estamos conformes en afirmar que cuando las gallinas cacarean, los huevos no se hacen esperar.



Las discrepancias surgen cuando se trata de discutir si algunas de estas docenas de huevos vendrán o no

a parar al Seminario.

Para común conocimiento, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores, que en Almacellas siempre sucede así. O sea, que al llegar la época del cacareo de los animalitos de que venimos tratando, nuestros queridos almacellenses nunca se olvidan de nosotros.

Prueba de esto son las 60 docenas que han tenido a gala ofrecernos. Se lo agradecemos muy de corazón.

Ah, pero me olvidaba decirles, que los seminaristas les quitaron la cáscara, el lunes de Pascua, muy lejos; allá en el Montsech, cerca de Ager.

Sí, claro, nos referimos a Espluga-freda, Espluga de Serra y Orrit, que a pesar de la distancia su amor al Seminario nunca se aminora.

Por si alguno lo dudase ahí van esos 205 Kilogramos de tubérculos que nos han ofrecido.

Copiamos textualmente:

«Sirvo en una casa en que no hay costumbre de tomar café, aunque lo desean siempre, y el día que hay más buena comida se lo sirvo y entonces me aprovecho y al final paso una cajita de colecta «pro Seminario». Como todos están contentos casi siempre me tiran algo (aunque algunas veces lo regatean bastante, pero de broma)

Fruto de esto son estas sesenta y... pico de pesetas. Veremos si el año que viene habrán aumentado. Así sea».

C. P.

Esta carta apareció dentro de un sobre con el importe antedicho, en una iglesia de la ciudad, el Día del Seminario.

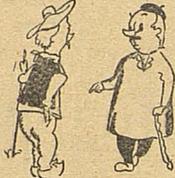
Tu mismo puedes juzgar este gesto, lector amable.

Hasta 400 no paramos Esa fué la consigna en Bovera. Y no, no; no pararon hasta 400 litros y un pico muy largo.

De manera que los depósitos de la despensa, ante tal cantidad de aceite, manifestaron sensiblemente su regocijo.

No es que creamos que otro año no

puede aumentar; lejos de nosotros tal pensamiento.



Lo que sí queremos manifestar, es lo archisatisfecho que está el Sr. Mayordomo, por lo mucho que en Bovera se quiere al Seminario.

Y los seminaristas se complacen en testimoniarles su más fervoroso cariño.

Caso aleccionador. Y luchaba a brazo partido.

Sí, sí. Cuando a finales de Marzo, se personó en la Mayordomía el Sr. Portero, ocurrió lo que venimos narrando.

De ninguna manera se pudo conseguir que aceptara el importe de la mensualidad.

Decía que él también quería ayudar al Seminario.

El Sr. Mayordomo se ruborizaba; y por más que insistió, hubo de ceder y quedó dicha cantidad como donativo al Seminario.

Si nuestros obreros se comportan así, quienes pueden ¿qué?

Quizá sea la primera vez. Por lo menos en tal cantidad, casi no lo dudamos.



De obrero a Cardenal



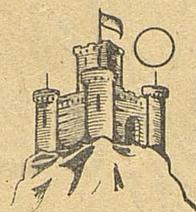
Era enclenque y enfermizo. Sus padres, muy pobres, le habían colocado de ayudante en un almacén de Nueva Orleans. Un día, mientras pegaba etiquetas a unos sacos, le vió un sacerdote.

- ¿Qué edad tienes le preguntó?
- Dieciocho años, Padre.
- ¿Vas a la escuela?
- ¡Si no tengo tiempo! replicó el muchacho.

Pero desde aquel día, aprovechando los ratos libres, el niño fué a estudiar con el sacerdote. Entró en el Seminario. Fué sacerdote. Obispo. Arzobispo. Y más tarde llegó a ser uno de los más ilustres Purpurados de los Estados Unidos: el Cardenal Gibbons.

¡Niño!! ¿Quieres ser como aquel obrero?

El Seminario te abrirá sus puertas el día 25 de agosto.



De todas maneras, por si las moscas, no queremos afirmarlo. Y de no ser así, nuestra retractación más conpungida.

Sí, queremos decirlo muy fuerte, son 324 litros del preciado líquido de sus olivares que nos han mandado desde Albagés.

¡Bien por Albagés! Y no les decimos más porque tratando con amigos, las palabras están de sobra.

Todos con su uniforme, a cual más vistoso. Sencillos y arrogantes Contéplalos. Quizá no te des cuenta, pero no olvides que ostentan en su pecho las «laureadas» de sus victorias en favor del Seminario.

Y empieza el desfile: Benavente de Aragón, Ballestar, Puebla de Fantova, Cagigar, Estadilla y Estada, Puezo de Santa Cruz, Malpartit, Aguiró, Alfán-tega, Castellet y Granja de Escarpe.

Y el desfile se pierde a lo lejos, porque nuevas columnas les empujan

Supongo te habrás percatado, simpático lector, que este estupendo desfile, cabalgata, o como gustes apellidarle, es de pueblos.

El Seminario complaciendo ante tan manifiesto entusiasmo, no puede menos de corresponder a todos esos ilustres pueblos, con un gracias salido de lo más profundo de su corazón.

ATENCION

¡Señores, tengan paciencia!

Hecho el ajuste de este número nos han llegado algunas reclamaciones.

Por las presentes y las futuras advertimos que nos acordamos muy bien de Serrate, Fraga, Granadella, etc., etc.

Pedimos un poco de paciencia, que todos se asomarán a estas páginas.

A repasar un poco esa Gramática, esa Geografía... y que nadie te coja la delantera en enviar tu solicitud.

En Exámenes

Profesor: ¿En qué estados hallamos los cuerpos?

Alumno: Pues, en España, Francia... ¡En todos los Estados!

P.: Y del Mar Muerto ¿qué sabes?

A.: Ni sabía que estuviera enfermo.

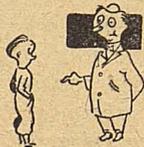


Después de Exámenes

Alumno: Deme un calmante.

Farmacéutico: ¿Dónde te duele?

Alumno: No lo sé, pues todavía no he entregado a mi papá la papeleta de Exámenes.





Por favor, no me digan la verdad

Cuenta Lichtwehr que, allá en la edad de oro... la Mentira sorprendió a la Verdad dormida y le arrebató los vestidos.

Al despertarse la Verdad no tuvo más remedio que presentarse sin vestidos y en todas partes fué rechazada por su atrevimiento.

¿Solución? Volvió al lugar donde le habían robado y encontró los vestidos de la Mentira. Se atavió con ellos y, oh maravilla, en todas partes encontró apoteósico recibimiento...

A pocos les gusta la verdad desnuda. Ya dice el refrán: "quien dice las verdades pierde las amistades".

Es un mal de nuestros tiempos. Por piedad, no digáis a aquella nación que le amenaza una avalancha de barbarie y ateísmo, o que el ene-

migo está aguzando sus zarpas teñidas de sangre esperando lanzarse en el momento menos pensado. Se podría asustar demasiado...

No digáis a aquellos políticos que sus "amigos" les están minando el terreno precisamente con este título de "amigos".

¿Quién nos dirá la verdad?

Hay un faro que ilumina las tenebrosidades de este mundo desde hace miles de años. Un faro inmovible ante los zarpazos de fragorosas tempestades.

Este faro es la doctrina de Cristo enseñada por sus ministros: desde el Sumo Pontífice hasta el último cura de aldea.

El ministro de Cristo no puede callar la verdad. No importa que se interpongan las hogueras y espadas de Nerón o Diocleciano.

Nada importan las guillotinas de la Revolución Francesa ni los tormentos refinados de las checas. Ni las ametralladoras de Mao - Tse o Malenkov, ni el brillo de los dólares, le impiden pregonar la verdad.

La verdad que predica es diáfana. Todas las doctrinas han cambiado, han reformado sus bases ante los descubrimientos de la ciencia. Únicamente la doctrina de Cristo sigue impertérrita ante los más inauditos descubrimientos de la ciencia, más aun, es guía segura para encontrarlos y aprovecharse de ellos.

Dice el Papa Pío XI: "La palabra del sacerdote, aun por entre el torbellino de las pasiones, emerge serena, exhorta a la virtud, anuncia impávidamente la verdad, aquella verdad, decimos, que ilumina los más graves problemas de la vida".

De nuestro ambiente

(Viene de la 4.ª pág.)

sea majestuosa por los claustros, posándose finalmente, en el altar todo flores y perfumes, enmarcado en los jardines del Seminario Mayor, para presidir el último acto de Mayo, mientras desde el cielo, lee, poquito a poco para hacer el Comentario con Jesús, aquella carta que fué consumiéndose en las llamas alentadas por nuestro amor.

Mes de fuego

Así es Junio: fuego por dentro y por fuera.

Por fuera la canícula llega al colmo del bochorno (gracias que la piscina y las duchas...)

Y por dentro: nuestros ánimos se caldean en la hoguera del Sdo. Corazón.

El Corpus vivifica todo el mes.

Por unas horas distraemos los exámenes para celebrar sin preocupaciones la fiesta del Sagrado Corazón. Hay procesión eucarística por los claustros, los clásicos juegos populares y los conocidos actos de los días de gala.

Parte metereológico

Finales de Junio. Seminario.

Densos nubarrones oscurecerán el horizonte, días grises, tormentas imprevistas, pero pronto reaparecerán la calma y la bonanza.

¿Será alguna indirecta a los exámenes y... a las vacaciones?



D.ª Virginia Graciosi, madre de S. S. Pío XII

Los jóvenes consortes Paccelli-Graciosi desde uno de los bancos del jardín vaticano, dirigen su mirada escrutadora sobre los tiernos hijitos con que el Señor les ha regalado.

Tres de ellos saltan a la comba. Uno sólo, Eugenio, absorto en sus lecturas, parece abstraído del bullicio de los hermanitos y del placer y gozo de los padres.

—¡Eugenio, ven aquí!

—¿Por qué no juegas con tus hermanitos? ¡No quiero que estudies tanto...! ¿Quieres acaso llegar a ser Papa?

Una sonrisita brotada de los labios del febril estudiante sirvió de respuesta a la indiscreta pregunta de doña Virginia.

No eran raras las tardes en que Eugenio, alumno del Instituto, retrasaba la llegada a la mansión de sus padres. Este retraso, no obstante, no preocupaba a la señora Graciosi. Bien sabía ella que su hijo no perdía el tiempo por las abigarradas calles de la gran urbe romana. A no dudarlo, Eugenio se encontraba ante la imagen de la Madonna della Strada. ¿Cómo iba a ignorar esto, si había sido ella precisamente la que había inoculado en el espíritu delicado del hijo esta devoción filial a la Reina de los cielos?

De las oficinas curiales del Vaticano le ha llegado al Rdo. Eugenio Paccelli

un oficio que despliega ante el altar de su Madonna.

Le cuesta crearlo... pero es verdad. El Papa se ha fijado en su humilde persona para encomendarle el difícil cargo de Internuncio ante el Gobierno alemán. Desde entonces será, además, Monseñor Paccelli.

Con todo el nombramiento lleva consigo una nota discordante. Tendrá que cambiar de residencia y, por consiguiente, abandonar a su madre, anciana y viuda.

Los últimos días que preceden a la marcha del nuevo Monseñor, son días grises y oscuros que oprimen el corazón maternal de la Sra. Graciosi. La tristeza ha hecho presa en su alma delicada de mujer y de madre.

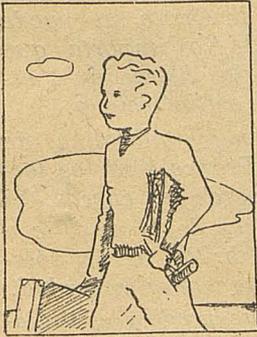
Este fenómeno no pasa desapercibido a los ojos de su hijo.

—Mamá, la veo algo triste; todavía estoy a tiempo; si le parece, pido al Padre Santo que me libre de esta carga...

—¡No, jamás... jamás permitiré que haya oposición entre la voluntad de Dios y la mía!

El 12 de marzo de 1939, Mons. Paccelli mudó de nombre. Se llamará Pío XII.

Entretanto, ella, doña Virginia Graciosi desde el cielo sigue recordando no sin melancólica nostalgia, aquella escena emotiva habida un atardecer primavera en los jardines vaticanos. ¿Piensas, acaso, llegar a ser Papa?



Un diablillo como tantos otros

—Tonet, ¿quién te ha pegado? dí, ¿quién ha sido?

Alberto, cñiendo con gesto protector la espalda del niño, aguardaba con impaciencia una respuesta.

—Jorge—, contestó gimoteando el chiquillo.

—¿Con que otra vez, eh? Ya le arreglaré yo las cuentas a este valiente. ¿Por dónde ha marchado? —interrogó de nuevo con los puños apretados.

—Por allí.

Alberto partió como una flecha hacia una bocacalle próxima. Era ya tarde. Cuando llegó, Jorge, aquel tonto que se las daba de estudiante por estar matriculado en la ciudad, cerraba apresuradamente la puerta de su casa.

Alberto se contentó con lanzar algunas piedras a la puerta, mientras aguardaba mejor oportunidad para el desquite. Luego se volvió a donde estaba Tonet que ya enjugaba las lágrimas con su manga deshilachada...

¡Pobre Tonet! Enfermizo, huérfano de madre, con un padre que pasaba los días y las noches en la taberna, era el blanco de las burlas y los golpes de la media docena de niños crueles y egoístas que se encuentran en todos los pueblos.

Alberto tan fuerte y tan noble no comprendía cómo aquellos niños cobardes osaban martirizar a un compañero débil e indefenso; no comprendía cómo había padres tan malos como el de Tonet que no cuidaba de su hijo y le pegaba sin motivo. ¿Cuántas cosas no comprende un niño, un ángel de nueve años! Sentía por Tonet un gran cariño y hábale tomado bajo su protección. ¡Ay de aquel que se atreviera a tocarle un solo pelo de la ropa! Tonet a su vez había volcado en él todo el tesoro de ternura y amor que puede albergar el alma de un rapazuelo delicado, que además sufre.

Eran como dos hermanos.

Después de lo dicho no vaya el lector a creerse que nuestro protagonista era un santito. No, tenía solamente la madera y aún ésta más de una comadre del pueblo la hubiera confundido con la de un diablillo.

Alberto, como todos los niños, iba a la escuela del pueblo, una casucha húmeda donde pasaba las horas y los días leyendo en voz alta, entonado las oraciones y haciendo desesperar al buen Dómine.

Era el primero de clase y también el más travieso de todos. Por eso la chiquillería inquieta le admiraba y seguía como a un jefe.

Gustábase ir al monte, donde cogía moras de los zarzales y hurgaba las madrigueras de los conejos buscando algún gazapo en el fondo. Otras veces conducía su tropilla a orillas del arroyo. Al correr, los juncos, agudos como lanzas, maltrataban sus piernas, pero ellos

reían del escozor y seguían persiguiendo de un lado a otro las libélulas y mariposas.

Y cuando caía la noche entraban de rondón en el pueblo apedreando las gallinas, que huían cacareando entre las protestas de las mujeres.

Más de una vez el mofletado rostro de la luna, al asomar tras las tapias de algún huerto, sorprendió a nuestro amigo apoderándose de los melocotones del tipo Quico.

* * *

Cierto día, el maestro preguntó a cada uno de sus alumnos qué querían ser. Alberto confesó que jamás lo había pensado. Mas por la tarde el chiquillo volvió a dirigirse la misma pregunta.

—¿Qué sería...? Chófer, guardia civil, alcalde, carnicero?...

¿...?

Iba repasando las diversas profesiones del pueblo y en todas ellas hallaba peros. No se le ocurrió siquiera pensar en ser sacerdote...

—¿Por qué?

La que se armó un día en que se le ocurrió decirlo medio en broma, medio en serio.

Era en la plaza del pueblo. Lo recordaba muy bien. Las mujeres soltaron el trapo; los niños las hicieron coro y hasta los sesudos varones se permitieron una irónica sonrisa. ¿Alberto cura? Ni pensarlo.

Un vejete tomó la cabeza del chiquillo, la estuvo examinando unos momentos con detención, golpeóla con los nudillos como si fuese una cucurbitacea, y moviendo la suya, exclamó dogmáticamente:

—¿Tú cura? ¡Ja, ja, ja!

Al fin, convencido, también él se rió. No, no podía ser cura. Tenía demasiadas señales en el cuero cabelludo. Catorce, las llevaba muy bien contadas.

Y Alberto no volvió a pensar más en su peregrina idea.

* * *

La noticia se esparció con la rapidez de un relámpago. Venía un cura al pueblo. Facundo, el sacristán, echó las campanas al vuelo. Pronto se supo que era joven y de empuje.

El día de la entrada todo el pueblo se hallaba reunido en la carretera. También estaba allí Alberto.

—¿A dónde irá?— se preguntaron algunas vecinas con recelo viendo que Alberto se alejaba carretera adelante. Seguramente tendría pensada alguna de las suyas.

Efectivamente, nuestro amigo fué el primero en saludar al cura y, colgado a la trasera del coche, hacía poco después su entrada triunfal en el pueblo, vitoreando al sacerdote.

Los vivas de los feligreses se trocaban en palabras airadas cuando, al pasar el coche ante ellos, veían al inquieto Alberto agarrado a la rueda de re-

cambio. Luciano el municipal corrió con la mano levantada. Pero Alberto dió un salto y puso pies en polvorosa.

Sin embargo, no había perdido el tiempo. Aquellos minutos serían de los buenos para su porvenir.

¡Pásmate vejete! Alberto había contado en la cabeza del nuevo curita nada menos que dieciséis señales.

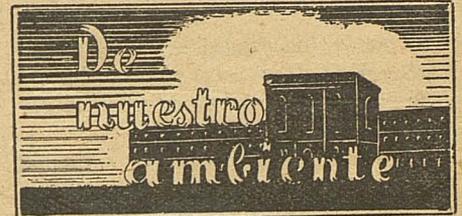
En su tiempo también debió ser un buena pieza, pensó el niño para su coleto. ¿Por qué él con catorce señales únicamente no podía ser sacerdote?

Y tarareando una canción entre dientes, regresó a casa.

* * *

Hoy Alberto es un excelente sacerdote. Aquella plétora de actividad, aquel manojito de nervios bautizado con el nombre de Alberto, aquel diablillo del corazón de oro, es sacerdote. Lo primero que hace cuando saluda a un niño es contarle las señales de la cabeza. Luego sonrío.

¿Acaso un niño travieso no puede ser sacerdote?



Destellos sacerdotales

de un sol que ha cuatro centurias agonizó. El día del Bto. Avila es nuestro día sacerdotal.

Su fiesta, precedida de la Novena, la declamación de trozos escogidos de sus obras y oportunos fervorines, rebasó nuestros deseos.

Es que la Academia del Bto. Avila tiene especial interés en que este día deje estela.

Adios... Adios...

Al pasar por los claustros aun resuena el eco armonioso de las últimas notas de los cantos a la Madre.

El Mayo del Seminario queda prendido en el corazón, la daga del tiempo no puede arrancarlo y juntos recorremos el camino de la vida.

Así nos lo dicen nuestros hermanos mayores, los sacerdotes, en sus cartas y... tienen razón.

Pues... los hogares marianos, este año por facultades (más íntimas, más hogar), junto al calor de unos leños cuando la noche luce su manto de gala, unos declaman, otros cantan, y todos proponen sus iniciativas y ríen sus ocurrencias; el periódico mural con sus granitos de sal y sus poesías originales; el Ejercicio del Mes de Mayo al caer de la tarde; la labor callada de los cursos en particular; tus cantos, tus risas. ¡Oh, Mayo! no se borrarán jamás. Pero sobre todo

La despedida

La Virgen Peregrina de Fátima, en hombros de cuatro diáconos y escoltada por sus seminaristas, con sus becas fluctuantes al compás de los cantos, se pa-

(Continúa en la 3.ª pág.)